

IMAGINACIÓN Y RECUPERACIÓN DEL PASADO EN VICTORIA OCAMPO

Graciela Mayet*

Resumen: Victoria Ocampo reconstruye su pasado y el pasado de una época. La historia del país y la historia familiar se encuentran relacionadas entre sí, al punto de decir que la historia argentina es la historia de su propia familia. Historia y ficción se entrelazan como se mezclan memoria e imaginación. Ella dice «tiempo perdido, tiempo vuelto a encontrar». Sus dos trabajos, *Autobiografía* y *Testimonios*, manifiestan la obsesión de la autora por las memorias. Sin embargo, reconoce la dificultad de captar el mundo del pasado y el problema de su veracidad. La razón de su escritura autorreferencial está en la asfixia que le provocaba su espacio social. No obstante, ella es el centro de los escritos que produce, una forma de autoafirmarse como mujer escritora en un momento en que la actividad estaba destinada a los hombres. También, la manera de acentuar su independencia de una sociedad prejuiciosa y opresiva.

Palabras Clave: Autobiografía, Memoria, Imaginación, Relato, Ficción.

Abstract: Victoria Ocampo rebuilds her own past and the past of an epoch. The history of her country and the history of her family are so connected that she said Argentinian history was her own family history. History and fiction interlink just as memory and imagination. She says «time that is past, time that is coming again». Her two works, *Autobiografía* and *Testimonios*, reveal her obsession for memories. However, she recognizes the difficulty in getting hold of the past world and the problem of its truthfulness. The reason of her selfreference is the suffocation produced by her social environment. Nevertheless, she is the centre of her writings; a way of giving her selfconfidence as a woman writer at a time when writing was done by men. It was also the way of pointing out her freedom and independence in a prejudiced and oppressive society.

Keywords: *Autobiography, Memory, Imagination, Plot, Fiction.*

La recuperación del pasado por la memoria significa viajar mentalmente hacia atrás a través de un tiempo subjetivo. El presente y el pasado determinan la reconstrucción autobiográfica, pues la experiencia original es recuperada por un yo que ha sufrido transformaciones y que interpreta lo vivido de acuerdo con las valoraciones del presente. Como los recuerdos son transitorios, no existe una única ni homogénea representación de las vivencias. «Son, en rigor, los convencionalismos culturales, las expectativas, los hábitos, los estereotipos, los prejuicios y todo lo que implica la experiencia previa del sujeto los que hacen posible el proceso de construcción/reconstrucción de los recuerdos» (Amícola, 2007, p. 37). Al haber interpretación del pasado, dicha reconstrucción sufre desplazamientos, condensaciones, inversiones, como el sueño, porque aquellos son sacados a la luz desde el inconsciente. De ahí que la imaginación —que entra en el orden de lo ficcional— construye, junto con lo documental, lo autobiográfico. En el escritor, la parte inconsciente hace de la escritura un acto menos racional o predeterminado de lo que se cree. Asimismo, nos dice Starobinski: «Solo se puede evocar el pasado a partir del presente: la “verdad” de los días pasados existe

*Universidad Nacional del Comahue. Correo electrónico: graciela.mayet@yahoo.com.ar

solo para la conciencia que, al recoger su imagen en la actualidad, no puede dejar de imponerle su forma y su estilo. Toda autobiografía, aunque se ciña a pura narración, es una autointerpretación»(1974, p. 67).

En los escritos autobiográficos de Victoria Ocampo, los detalles —como dice Beatriz Sarlo— son lo que fortalece el tono de verdad del relato y produce ese efecto, aunque no necesariamente resulte verdadero. (2007b, p. 70)Esto es aplicable también a la novela (recordemos la importancia del detalle en el relato realista), por lo tanto, novela y autobiografía comparten el aspecto ficcional insoslayable en ambos tipos de textos. Así, Mauriac llegó a decir que sólo la ficción no miente (1991,p. 280).

En muchas reminiscencias de Victoria, se mezcla lo documental y lo histórico con lo ficcional. Ella misma parece darse cuenta de tal fenómeno cuando dice: «Lo que intento escribir se parece a la confesión porque pretende ser verídico...» (1982, t.I, p. 59). Tanto en su *Autobiografía* como en los *Testimonios*, relata cómo su antepasado, Manuel de Aguirre, tuvo la misión del gobierno argentino de reclamar al gobierno de los Estados Unidos el reconocimiento de la independencia de nuestro país. Además, se le encargó la compra de armas y de dos fragatas cuyo gasto nunca recuperó(1999, t. I, p.253). Es interesante destacar que la historia nacional se halla vinculada al relato familiar y que ambas se contaban en la casa de los Ocampo con orgullo y naturalidad: «En la época en que mi madre aprendía entre estas paredes (las de la casa de la calle México) la historia argentina, que era la de nuestras familias...», dice Victoria en *Testimonios* (1999, p. 253, sec.1.^a a 5.^a). También, en una conferencia que dio en la SADE en 1950, titulada «La casa de la calle México», donde describe dicha morada (como también lo hace en la *Autobiografía*), las anécdotas de esa residencia le fueron transmitidas por su tío Antonio, hermano de su madre. De este modo, sobre el andamiaje de hechos concretos, Victoria edificaba un relato con componentes ficcionales.

El primer tomo de *Autobiografía* se llama «Archipiélago», y en él da cuenta de la dificultad para explicar qué recuerdos rescatar y por qué afloran a la conciencia: «...mis primeros recuerdos emergen en mi memoria conscientemente como un archipiélago caprichoso en un océano de olvido» (1982, t.I, p.65). Asimismo, reconoce que la elección de esos recuerdos es involuntaria y está ligada al flujo del inconsciente y, por lo tanto, no dependen de su voluntad y sí de lo que ella cree ver en ellos. En este sentido, es significativo el apartado dedicado al pintor uruguayo Pedro Figari, al que conoció en 1923. La admiración que los trabajos de Figari le despiertan se basa en que sus pinturas le evocan a Victoria su infancia, pues dice: «aumentaban en mí la sensación de lo ya vivido» (1982, t. I, p. 115). La obra de Figari, entonces, la conmueve, no por su valor en sí, sino porque la sumerge en el mar de imágenes de la infancia, «tiempo perdido, tiempo vuelto a encontrar». Esos recuerdos de los seis años están anclados en la historia del país, evocada en los relatos de las tías abuelas con sus terribles anécdotas de Rosas, la amistad de uno de sus antepasados con Sarmiento, la alegría del candombe en Carnaval, los minués de los salones, el pasado del país, la historia nacional ligada a la de su familia, eslabonando esta al nacimiento de la Nación.

Lo documental puede aprehenderse particularmente en *Testimonios*, quizá en mayor medida que en la *Autobiografía*, en la cual el yo se vuelve al pasado con más ayuda de la imaginación, pues se trata de hechos más remotos, los de la infancia, que en *Testimonios*, cuyos recuerdos fueron escritos en la etapa adulta. No obstante, en esta última obra también lo imaginario es patente cuando Victoria presenta semblanzas de personajes que no había conocido sino de oídas. Así, por ejemplo, algunos episodios de la vida del piloto de la Segunda Guerra Mundial, Richard Hillary, muerto en acción a los veintitrés años, corresponden a lo que

había escuchado hablar de él, como así también la referencia a Lawrence de Arabia es semejante: «...mi interés por este personaje, aún desconocido y ya misterioso, se despertó por lo que de él oía» (1999,t. I, p. 182).

Al describir cierta situación de otra persona, muchas veces, la relaciona con alguna propia. Así pues, respecto de los vuelos solitarios del joven Hillary, ella agrega el recuerdo de su miedo ante la tormenta durante un vuelo comercial cuando se aferraba a la lectura de poemas y soportaba el temor con el llanto. (1999, t. I, p. 189). En las discusiones entre Hillary y su amigo Peter Pease, de ideología *tory*, Victoria muestra una conversación imaginaria, dado que no había estado presente y va sacando conclusiones a partir del libro de Richard, *The last enemy*.

Durante treinta años fue tomando notas para sacar a la luz el pasado. No le había parecido nada fácil. Lo que la había llevado a esta obsesión por las memorias es el haber tenido la presencia constante de los recuerdos de infancia en la edad adulta. Cada uno rememora de distinta manera, y Victoria lo comprobó en una de sus hermanas, la más cercana a ella desde la infancia, por eso dice: «Este es un síntoma de algo importante que está ligado al carácter, a la orientación de una sensibilidad, a sus modalidades» (1999, t. II, p. 67). De modo que sus escritos autobiográficos son el resultado de una fusión singular de lo que le fuera dado, lo que su entorno le daba, lo que elige de este, cómo crea su carácter y cómo ella influye en el mundo que la rodea. Respecto de esto último, dice, en una referencia al señalamiento de Graham Greene acerca de que si hay temas recurrentes en sus propias novelas, es porque los hay en su vida: «Nuestro carácter es nuestro destino y nos arma siempre las mismas trampas, los mismos líos» (1999,t. II, p. 182).

Algunas reflexiones sobre los recuerdos de infancia surgen de las relecturas de *Mundo, mi casa*, de María Rosa Oliver, porque el panorama de lo recordado por esta amiga es —reconoce Victoria— igual al suyo. Al rememorar cómo transcurrieron los años de la niñez y juventud de María Rosa y de ella, evoca un mismo «origen colonial»: «a través del atrio de las catalinas nuestras casas se enfrentaban», dice Victoria (1999, t. II, p. 69). Llega a encontrar una afinidad tan grande entre los recuerdos de ambas, que dice hallar frases idénticas en el libro de María Rosa y las memorias que ella iba escribiendo: «A veces confundolas voces de quienes hablan en *Mundo, mi casa* con las de los míos. Las frases suelen ser idénticas»; (1999, t. II, p. 70). Quizá esto se debía a que, esas circunstancias, ese medio ambiente rememorados eran comunes a las dos amigas. Sin embargo, lo que interesa señalar de este rescate del pasado es que Victoria reconoce no solo la dificultad de captar el mundo del pasado, sino también el problema de su veracidad, porque ¿cómo no incluir lo imaginario, lo ficcional que se cuela entre esos jirones del vivido? Lo que Victoria aplica al libro de María Rosa Oliver bien puede aplicarse al suyo con el que, ella misma reconoce, tiene todo en común: «Yo llamaría a estos recuerdos autobiografía novelada. Novelada, pues es difícil encontrar otra forma de narrar acontecimientos, recuerdos que tienen «la forma de nubes», como dijo Baudelaire, a menos de conservarles su imprecisión, su vaguedad intensa» (1999,t. II, p. 72).

Además, cabe destacar que lo que le parece valioso de *Mundo, mi casa* es su carácter de ser «bien argentino» y que lo que más le gusta es «lo que se refiere a los personajes y modalidades de ese mundo en que se movía una familia muy de nuestra tierra, a comienzos del siglo XX [...]. Es el tipo de documento que más me interesa y me divierte...» (1999, t. II, p. 75). Como puede verse, se reitera lo dicho antes, puesto que

Victoria asocia la historia de su familia a la del país y, no solo al contar la primera cuenta la segunda, sino que también considera a esa familia como lo propiamente nacional y telúrico.

Nos interesa también detenernos en su expresión «autobiografía novelada». La novela es una obra de ficción que puede permitirse todos los préstamos identitarios posibles. Por su parte, la autobiografía es una obra de reconstitución y de reflexión, más o menos parcial, que parece tomar de la ficción numerosos procedimientos narrativos. El proceso narrativo despoja al ser de carne de sus atributos para obtener un ser de papel que termina por disociarse. La distancia mantenida entre el más y el menos está determinada por la elección del género literario, por la voluntad del autor de borrar las pistas entre la ficción y la autobiografía o, simplemente, por el deseo de acreditación (Ouellette-Michalska, 2007, p. 42). Este deseo de estima intelectual se percibe desde el comienzo de los intentos de escritora de Victoria cuando cuenta con el apoyo de Ortega y Gasset, quien le publica en la *Revista de Occidente* su primer trabajo, «De Francesca a Beatrice». Ella dice: «¿Quién era yo entonces? ¿Una mujer joven y lo bastante linda para justificar esa bondad? ¿O realmente veía algo más en la llamada Gioconda de la Pampa?» (1982, t. III, p. 113). Así es como, a lo largo de su *Autobiografía*, Victoria manifiesta su deseo de ser escritora y, al mismo tiempo, padece por no haber tenido una formación rigurosa. Asimismo, la razón de su escritura autorreferencial está en la asfixia que le provocaba su entorno: «Percibo más y más que no he escrito jamás más que *une toute petite chose* y que no la escribo para hacer literatura sino para que no me ahogue» (1982, t.IV, p. 123).

Tanto en su *Autobiografía* como en *Testimonios*, la escritura de Victoria Ocampo se transforma en una fusión singular de lo que le fue dado, lo que su mundo le dio, lo que eligió de este, de cómo creó su carácter y cómo ella influyó en el espacio que la rodeaba. Beatriz Sarlo dice que todos los escritos de Victoria son autobiográficos y, simultáneamente son ensayos, pues el yo que ha visto, escuchado y recordado, se desplaza siempre, ya que es ella o algo referente a ella, siempre, la figura central de los episodios que relata (Sarlo, 2007b, p. 142). Al contar su historia, Victoria lo hace como formando parte de la historia de su mundo, de modo que el relato de la evolución vital está traspasado por lo documental y lo ficcional. En la reconstrucción de las acciones que hace la autora, encontramos una fluctuación entre el deseo de legitimar su amor por la cultura, por un lado, las actitudes propias de una mujer que tiene conciencia de su lugar social, que se desenvuelve en este con plena suficiencia y otras, rechaza la cursilería, la superficialidad y los prejuicios de esa sociedad, condenando la situación de la mujer, mostrándose a sí misma como una defensora de los derechos de sus congéneres, por otro. Como bien señala Silvia Molloy, Victoria incursionó en un género y en una actividad, por entonces, destinada a los hombres y en la cual la mujer era, entonces, una marginada por las instituciones literarias y culturales (1996, p. 17). Asumió su destino de mujer independiente, con cierto *snobismo* en su dedicación rayana en el servilismo a los personajes destacados de la cultura de Europa, como también protagonizó una lucha encarnizada para desprenderse de los lazos familiares cuyos prejuicios de todo tipo le resultaban odiosos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amícola, J. (2007). *Autobiografía como autofiguración*. Rosario: Betriz Viterbo.
- Molloy, S. (1996). El teatro de la lectura: cuerpo y libro en Victoria Ocampo. En *Acto de presencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Ocampo, V. (1982). *Autobiografía* (IV Vols.). Buenos Aires: SUR.
- Ocampo, V. (1999). *Testimonios* (II Vols.). Buenos Aires: Sudamericana.
- Ouellette-Michalska, M. (2007). *Autofiction et dévoilement du soi*. Quebec: XYZÉditeur.
- Sarlo, B. (2007a). *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarlo B. (2007b). *Escritos sobre literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Starobinski, J. (1974). El progreso del intérprete. En *La relación crítica*. Madrid: Taurus.